

ley electoral se impida la entrada en aquel recinto á la ineptitud y perversidad; que es necesario que los elementos que formen el alto cuerpo, sean de suyo poderes sociales antes de serlo legales; que representen la inteligencia, la moralidad y la fuerza del país; que figuren con dignidad entre el trono y el Congreso, para que de esta suerte la institución sea algo más que una forma reglamentaria, y tenga de fundamental algo más que el nombre.—*J. B.*

PORVENIR DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

ARTÍCULO 2.º

Dado que vivimos en un siglo de positivismo material, nos permitiremos una observación sobre las ocupaciones á que podrían dedicarse con provecho propio y ventaja del público los nuevos solitarios. No creemos que los cestos, las telas groseras, y otros artefactos sencillos y de poco valor, en cuya fabricación se ocupaban los monjes de Oriente, sean á propósito en nuestros tiempos sino para hermosear poéticos recuerdos de una vida inocente. Las ocupaciones no sólo deben encaminarse á no dejar el espíritu en ocio, distrayéndole de los pensamientos malos y apartándole de entretenimientos dañosos, sino que es preciso procurar en cuanto cabe, que el trabajo mental ó material sea verdaderamente *útil*, que produzca resultados positivos, y que cuando menos satisfaga con su fruto el tiempo y las fuerzas que en él se invirtieren.

Por estos motivos, dejamos para los utopistas el empeño de emplear á los monjes en los trabajos manuales á que en otros tiempos se dedicaron. Atendido el desarrollo que ha

tomado la industria, y la extensión y perfección de la maquinaria, tampoco conceptuamos posible que se imitara á aquellos monjes más ingeniosos que, según nos refiere Paladio, ejercían toda clase de oficios. Sabido es que la organización social antigua en nada se parece á la moderna; lo que entonces pudiera ser muy útil al público, y hasta ganancioso á los que en su retiro se ocupaban en este linaje de tareas, no sería más en la actualidad que un mero pasatiempo, sin esperanza de que fuera recompensado el trabajo, á no ser que se le quisiese extender en una escala que comprometiese el sosiego de los cenobitas, y rebajase el santo decoro con que deben ofrecerse á los ojos del público.

Parece pues que el tiempo sobrante después de las prácticas de su instituto, lectura de las Sagradas Escrituras y estudios sobre la religión, no podrían ocuparlo de una manera más agradable, más útil, y al propio tiempo más decorosa, que dedicándose á aquella clase de ciencias naturales que no necesitando de costosos instrumentos, ni continuo contacto con el mundo, se avienen con la paz de los campos y la abstracción de la soledad. La agricultura, horticultura, selvicultura, la química en sus aplicaciones á los sobredichos ramos, la botánica en sus partes más acomodadas al clima y demás circunstancias del lugar, la geología en sus relaciones con el país de la residencia, podrían llenar útil y agradablemente los intervalos de la oración y de los estudios sagrados. Estas ocupaciones procurando á las ciencias muchos adelantos, conciliarían á los monjes aquella estimación y aprecio que unidos á la veneración inspirada por una vida pura y austera, arrancan del corazón del hombre aquel sentimiento que más se aproxima á la adoración; pues en él se combinan el agradecimiento de un beneficio, el reconocimiento de alta sabiduría, y la admiración por la práctica de virtudes heroicas.

Inglaterra es uno de los países donde más adelante se han llevado los progresos de la agricultura; y sin embargo

los monjes benedictinos establecidos allí, han logrado distinguirse por sus mejoras en este ramo. Esos religiosos que al beneficio de la enseñanza reúnen el del perfeccionamiento material, han comprendido el espíritu del siglo, conociendo cuán importante era manifestarle con hechos palpables que la religión no estaba reñida con el adelanto de los pueblos en ningún género; y que semejante á su Divino Maestro, mientras va caminando hacia el cielo, sabe pasar haciendo bien sobre la tierra. *Pertransiit benefaciendo.*

Los modernos, tan ansiosos del progreso científico, han descuidado en demasía el poderoso auxiliar que en ciertas materias podrían encontrar en los monasterios. Lo sucedido en los siglos bárbaros, en la época del renacimiento, y aun mucho tiempo después, hubiera debido servir de lección para en adelante. Sabido es que el no interrumpido encadenamiento de observaciones es el mejor medio para hacer progresar las ciencias naturales, y que á ellas puede aplicarse también en algún modo el principio de la división del trabajo. ¿A qué grado de exactitud y delicadeza no puede llevar sus experimentos un hombre que en ellos se ocupa por espacio de medio siglo, sin más distracción que el murmullo de los vientos y de los bosques, sin más escenas que llamen su atención que los campos y el firmamento? ¿un hombre que se ocupa porque á ello le impelen la necesidad de evitar el tedio, de huir de los malos pensamientos, y la obligación que le imponen las reglas de su instituto? Y cuando los años han consumido su existencia, cuando su vista percibe mal los objetos, y sus manos trémulas no sostienen con seguridad y pulso los instrumentos que le sirven para interrogar á la naturaleza, aquel hombre no va á descender todo entero al sepulcro; largos años antes que se corte el hilo de sus días, se habrán formado á su lado aventajados discípulos que estarán en posesión de sus manuscritos y apuntes, que habrán recogido de su boca todo el caudal de observaciones acumulado en una dilatada vida, que le habrán asistido en las

operaciones, que con él habrán practicado los experimentos, que habrán heredado sus relaciones con los sabios seculares, que podrán sustituir completamente á su difunto maestro. El espíritu de conservación y perpetuidad que distingue á estas corporaciones se comunicará á la ciencia; y las naturales perpetuadas sin interrupción, son las ciencias en progreso, dado que éste consiste principalmente en el acumulamiento que se hace de las adquisiciones presentes con la herencia de las pasadas.

Contra estas reflexiones se objetará tal vez que el mismo espíritu tradicional y conservador que distingue á esta clase de corporaciones sería un obstáculo á sus progresos en las ciencias naturales, alegándose para robustecer la objeción el ejemplo de lo sucedido en los últimos tiempos. Mucho tiempo había que estaban desterradas de las escuelas filosóficas cierta clase de opiniones, y se las ve todavía sostenidas y defendidas con vigor en los claustros; ya nadie en el mundo se acordaba de las doctrinas aristotélicas, y aun servían de libro de texto en algunos institutos religiosos los autores más aferrados á ellas. Esta dificultad, que no deja de ser algo grave, quedará desvanecida si se advierte que tratando de las ciencias de observación no existe el riesgo de estacionarse como en las otras; porque ó pierden su naturaleza, ó continúan desenvolviéndose cada día con la nueva luz que suministran los experimentos sucesivos.

Si se replica que cabalmente las ciencias de observación son las que habían sufrido más atraso en los últimos tiempos, advertiremos que donde esto se había verificado, no existía la observación propiamente dicha; y que la física era tratada por un método puramente especulativo, no aduciéndose los hechos sino como una especie de ejemplos para ilustrar la doctrina de antemano establecida. En efecto: basta tener alguna noticia del sistema que dominaba en estas materias para no ignorar que consistía en una serie de principios y deducciones, que encerraban mucho de abstracto y puramente metafísico. Arreglada de este

modo la enseñanza, claro es que ella inclinaba de suyo á prescindir de la observación de la naturaleza; y añadiéndose á esto el descuido del estudio de las matemáticas, se hacía hasta imposible dar un paso adelante, supuesto que la naturaleza toda es eminentemente matemática. Pero es evidente que los estudios que ahora se principiaban no se parecerían á los anteriores, que éstos se hallarían cimentados sobre la observación, y que no teniendo punto de contacto con los antiguos métodos, comenzarían poniéndose desde luego al nivel de los últimos adelantos. Una vez establecida la observación como primer elemento científico, es ya imposible no proseguir en ella; la ciencia podrá estar más ó menos descuidada según la mayor ó menor asiduidad de observación y deducción de los que en ella se ocupen; pero no es dable volver á las puras teorías y convertir en meramente especulativo é hipotético lo que se ha cimentado sobre el testimonio de los hechos.

Además, que fuera desconocer lastimosamente la historia de las ciencias naturales y exactas el decir que las comunidades religiosas no han contribuido poderosamente á sus progresos; pretendiendo que el espíritu conservador que las distingue hace que se aferren obstinadamente á las opiniones antiguas, no cuidando de los adelantos que en dichos ramos van haciendo los sabios del siglo.

Cabalmente el primer impulso que en Europa recibieron las ciencias naturales y exactas les vino de un monje que reuniendo los conocimientos de los árabes á los restos que pudo hallar en los países cristianos, abrió en el siglo x, en este mismo siglo que no sin razón se apellida de hierro, cátedras de matemáticas, de geografía y astronomía. Ya entenderán nuestros lectores que hablamos del famoso Gerberto, que después fué Papa con el nombre de Silvestre II. El ingenioso cenobita construyó con sus propias manos dos esferas, para hacer sensibles á sus alumnos las verdades astronómicas. En la una estaban señalados los

polos, los solsticios, los equinoccios, y además todos los círculos con los signos de las constelaciones del Zodíaco, de manera que se ofreciesen á la vista los fenómenos del movimiento diurno y ánuo del sol, explicándose de esta suerte su orto y ocaso, y la variedad de las estaciones. En la otra estaban figuradas las estrellas por medio de hilos de alambre y de hierro; orientándose la esfera con una abertura por la cual se podía fácilmente ver el polo celeste. La construcción era tan á propósito para la enseñanza, que uno de sus contemporáneos nos dice que bastaba la explicación de un signo para que sin maestro comprendiesen todo lo demás las personas no versadas en astronomía.

Escribió también una obra sobre geometría, que aun en la actualidad y no obstante los adelantos de ocho siglos, no deja de ser interesante. Como era tanta la ignorancia de aquella época, y en tan reducido número los que conocían las cuatro reglas de la aritmética, hizo construir un tablero donde con caracteres formados adrede, explicaba las operaciones de multiplicar y dividir, hablando á un mismo tiempo al entendimiento y á los ojos.

Tanto se aventajaba á su siglo el saber de este hombre singular, que sus enemigos le calumniaron suponiéndole entregado á la magia. De este y otros cargos le vindica el alemán Hock en la obra que acaba de publicar, titulada: *Historia del Papa Silvestre II y de su siglo*. Por ella se ve que si bien este hombre insigne no estuvo exento de faltas, no dejó de ser la lumbrera de su tiempo, y uno de aquellos genios extraordinarios que más contribuyen á impulsar la humanidad en la carrera del adelanto.

En el siglo xiii vemos que otro religioso adquiere altísima fama en materia de conocimientos naturales, hasta llegar el vulgo á atribuirle invenciones maravillosas. Hablamos de Alberto Magno. Por cierto que no serán muchos ahora los que den crédito á la construcción de la famosa cabeza de metal que respondía de repente á todo linaje de cuestiones, ni tampoco que el buen religioso cambiase el invierno en estío, un día que había convidado á comer á

Guillermo, conde de Holanda y rey de los romanos; pero estas fábulas prueban la reputación de aquel á quien se atribuyen, indicando que debía de ser mucha la ventaja que llevaba á los hombres de su tiempo.

En el propio siglo florecía en Inglaterra el insigne franciscano Roger Bacon, tan célebre por sus conocimientos en las ciencias naturales y por este motivo acusado de magia, de cuyo cargo se vindicó completamente. Hizo los mayores adelantos en matemáticas, astronomía, óptica, química, llenando de asombro á sus contemporáneos, y mereciendo por esta razón el título de *Doctor admirable*. Parece imposible que en el siglo XIII se llevasen tan adelante los progresos científicos; bastará decir que Bacon propuso ya al Papa Clemente IV la reforma del calendario, y que si bien no conoció los anteojos, los telescopios y microscopios tales como ahora los disfrutamos, no obstante preparó el camino á ulteriores descubrimientos, con sus trabajos sobre la refracción de la luz, sobre los vidrios y espejos esféricos, sobre el tamaño aparente de los objetos, y otros puntos análogos. En un tiempo en que estaba tan descuidada la observación, hizo ya notar que ella era necesaria si se quería progresar en las ciencias; adelantándose así á indicar lo que tres siglos después había de reducir á sistema su célebre compatriota el otro Bacon de Verulamio.

Fácil sería recordar nombres ilustres que nos presentan la santidad del claustro reunida con gran copia de conocimientos en las ciencias naturales y exactas; pero pasándolos por alto citaremos al famoso Cavalieri, quien preparó el camino al descubrimiento del cálculo infinitesimal. No intentamos ni aun remotamente, disminuir la gloria de Newton y Leibnitz; pero no fuera nada extraño que los trabajos del sabio Jesuato, italiano, hubiesen contribuido á inspirar aquel pensamiento sublime, eterno monumento erigido á la gloria del entendimiento del hombre, y que tan vigorosamente empujó á la ciencia en el camino de regiones desconocidas.

Los comentarios de las obras de Newton, de esas obras que por su profundidad no estaban al alcance de la mayor parte de los profesores de la ciencia, sabido es que salieron de las celdas de dos padres mínimos, tan famosos por su saber como por su modestia: *Le Sueur* y *Jacquier*. Así el *Comentario sobre los principios de Newton* como el *Tratado de cálculo integral*, lo compusieron estos dos religiosos, trabajando cada cual lo que creía conveniente, cotejándolo en seguida, y confundiendo el fruto de sus tareas, de manera que los lectores no pudieron saber la parte que á cada uno correspondía. Ambos compusieron por entero el *Comentario sobre Newton*; mas no sabemos á cuál de los dos pertenece lo principal del mérito.

Estos gloriosos recuerdos debieran bastar para que no cause ninguna extrañeza que presentemos como muy acomodado á la vida solitaria el estudio de las ciencias naturales, y no demos mayor importancia á otra clase de tareas más análogas á las tradiciones de los monasterios, pero no más adaptadas á la gravedad de su instituto. En los siglos bárbaros, se nos dirá, se ocuparon los monjes en la traslación y conservación de los manuscritos más preciosos; posteriormente contribuyeron de una manera muy particular al renacimiento y desarrollo de las letras; y por fin en la época de la crítica, cuando se acometió con más empeño la ilustración de lo que antes amontonara la erudición indigesta, se señalaron por sus inmensos trabajos en esta clase de estudios, haciendo competir la extensión con la profundidad y la exactitud. ¿Por qué pues no podrían continuar ahora en sus antiguas tareas? ¿Por qué los monjes del siglo XIX no se dedicarían como sus ilustres predecesores á la aclaración y perfeccionamiento de la historia eclesiástica y profana? ¿Por qué no revolverían también los archivos donde están enterradas tantas preciosidades, donde yace por decirlo así la vida política y doméstica de nuestros ascendientes, que tan olvidada han dejado hasta aquí los historiadores, no cuidando sino de conservarnos nombres de príncipes y reyes, pintarnos

sangrientas batallas y otras cosas por este tenor, que poco ó nada nos enseñan sobre la vida íntima de los pueblos; sobre esa vida que tanto nos agrada ver descrita, y á cuyo análisis nos impele el espíritu investigador y filosófico de nuestra época?

Especiosas como son estas reflexiones, quedarán destituidas de todo peso, si se considera que en este artículo estamos hablando de monjes nuevamente establecidos, y que por lo mismo estarían faltos de los archivos y bibliotecas que abundaban en los antiguos monasterios; sin este auxilio es imposible dar un paso; y por lo mismo sería confundir los tiempos y las circunstancias, el pretender que se empeñasen en semejantes tareas. Si se nos replica que los monjes podrían aprovecharse de los archivos y bibliotecas que existiesen en los países comarcanos, responderemos: 1.º, que no siempre se ofrecería esta oportunidad; 2.º, que aun cuando se presentase, difícilmente fuera de tal naturaleza que suministrase pábulo á trabajos de alguna extensión; 3.º, que para aprovecharla sería menester que los monjes dejaran la soledad, que pasaran temporadas en casas particulares, ya en el campo, ya en los pueblos, ya en las ciudades, lo que acarrearía distracción, relajara la disciplina, haciendo descender á los solitarios de la altura mística en que deben mantenerse sobre el resto de los hombres.

Es importante, es necesario que los monjes que nuevamente se establezcan, procuren vivir en la mayor abstracción y soledad, que muestren á los ojos del mundo un vivo ejemplo de la más acendrada virtud, y le recuerden los edificantes modelos de los tiempos primitivos. La incredulidad ha procurado deslustrar por todos los medios imaginables esta clase de instituciones; y una de las artes de que con más éxito se ha valido, es el achacarles que habían degenerado, que en ellas estaba olvidada la regla de los santos fundadores, encareciendo adrede la austeridad de éstos últimos, para exagerar con el contraste la relajación de los contemporáneos. Por este motivo, supuesto

que los enemigos de la religión clavarían ávidamente los ojos sobre los nuevos monasterios con el deseo de descubrir en ellos miras mundanales, conviene que se tenga presente el dicho del Apóstol: *Ab omni specie mali abstinete vos; absteneos de toda apariencia de mal.* No basta que las acciones no sean pecaminosas: es preciso andar con tal miramiento y cautela que ni la malicia más refinada encuentre una rendija por donde herir con su envenenado agujón. Fuera competencias ni rivalidades de ninguna clase con el clero secular, y mucho menos con los párrocos vecinos: fuera toda pretensión que ni de lejos pueda excitar sospechas de miras interesadas ó de complacencia de amor propio: fuera todo lo que pueda lisonjear la vanidad: fuera todo cuanto contribuya á suavizar la austeridad de la vida: fuera lo que disminuya aquella sobriedad en el trato que impide el intimarse demasiado con las familias: es preciso que cuando se lleguen al monasterio los seglares, quede con su solo aspecto edificada la piedad, confortada la fe, confundida la incredulidad y forzada á exclamar como los magos de Egipto: *Digitus Dei est hic: aquí hay el dedo de Dios.*

Á estos santos fines no perjudicaría la ocupación que arriba hemos aconsejado, de la propia manera que el trabajo manual no rebajaba el decoro de los monjes primitivos. El estudio de las ciencias naturales, y los experimentos análogos, substituiría dicho trabajo, de un modo acomodado al espíritu de la época y más útil á la humanidad. Si al visitar los curiosos ó los devotos la solitaria mansión, sorprendiesen á un cenobita con una flor en la mano descomponiéndola, examinándola á la luz de la ciencia; á otro disecando un insecto para formar parte de un museo escogido; á otro en la cima ó pendiente de una escabrosa montaña excavando la tierra para estudiar la naturaleza de las capas formadas por los siglos; á otro en el corazón de un espeso bosque observando las leyes del desarrollo de un árbol creciente, ó las de decadencia de otro que cuenta siglos de duración; nada perdería cierta-

mente de su crédito la vida monástica; antes al contrario, la consideración de que aquellos hombres apartados del mundo emplean tan útilmente el tiempo, que los intervalos que les dejan la oración, los ejercicios de penitencia y el estudio de las cosas sagradas, los invierten en la observación de la naturaleza, procurando reconocer en sus obras al Criador á quien sirven, y descubrir verdades provechosas á sus semejantes, realzaría más la sublimidad y belleza del instituto, y contribuiría á desvanecer la preocupación de que la religión sea enemiga de las ciencias, dado que se las vería estrecharse y solazarse tan amistosamente en el silencio de la soledad.

Hay en la contemplación de la naturaleza algo de sublime, algo que inspira sentimientos religiosos. La augusta mano del Criador se descubre tan visiblemente en todas sus obras, resplandecen de tal manera en ellas su sabiduría y su poder, que á no estar cegado por impío orgullo, es imposible fijar sobre las mismas la vista, sin oír el cántico de armonía que se dirige sin cesar del cielo á la tierra. ¿Qué magníficos pasajes no se hallan en la Sagrada Escritura sobre las maravillas de la creación? ¿Quién no recuerda el lenguaje con que el Espíritu Divino hacía hablar al Profeta Rey, conduciéndole como por la mano á admirar los portentos de aquel que asentó la tierra sobre sus bases, que señaló sus lindes al mar, que extendió como un pabellón la inmensidad del firmamento? Digna pues y muy digna fuera de la vida religiosa la ocupación de los monjes en el estudio de las ciencias naturales; más de una vez les sucediera, que después de haber adorado á Dios en el silencio de la oración, continuarían deshaciéndose en lágrimas de gratitud y de amor, al encontrarse de nuevo con su sabiduría y bondad en los arcanos de la naturaleza.

Además que estas tareas á la vez especulativas y prácticas traen la doble ventaja de ocupar al mismo tiempo el espíritu y el cuerpo, no consintiendo la ociosidad bajo la apariencia del trabajo. Un hombre puede pasar largas horas en su bufete, con el libro abierto delante de sus ojos,

teniendo el espíritu sumamente distraído y disipado. El joven que á hora determinada ha de recitar un trozo ó dar cuenta de él, manifiesta la mayor ó menor distracción que ha padecido en su aposento; pero ¿cómo saberlo, tratándose de quien no está ya sometido á semejante obligación, y que se retira á su gabinete sin más testigos que su conciencia? El trabajo puramente manual no está tampoco destituido de inconvenientes; y por más que digan los afectados encomiadores de todo lo antiguo, no creemos que generalmente hablando fuese útil su restablecimiento. Con bastante extensión expusimos más arriba esta materia; y por lo concerniente a la edificación espiritual de los que le practican, advertiremos, que siendo muchos los que no son á propósito para la construcción de artefactos ingeniosos, sería menester dedicarlos á cosas de mera rutina, las que si bien ocupan las manos tienen en cambio la desventaja de dejar ocioso el espíritu. ¿No os parece más bello, más digno, más propio para granjear respeto á los monjes y acatamiento á la religión, el que un cenobita fuese visitado en el momento de ocuparse en la resolución de arduos problemas matemáticos y físicos, en operaciones curiosas y delicadas, que no si se le encontrase puliendo unos mimbres, ó tejiendo un cesto?—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA NONA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: en la carta anterior le manifesté á V. mi opinión poco favorable á la moderna filosofía alemana, aventurándome á calificarla con una severidad que V. quizás debió de reputar excesiva. Este atrevimiento tratándose de hombres que han adquirido mucha celebridad,